

Crónica Literaria

Por ALONSO

Armando Donoso, por Guillermo Feliú Cruz (Nacimiento, 1909).— Con bella y alentadora concordancia, como si se hubieran conocido biógrafos, críticos y memorialistas, al evocar la imagen de Armando Donoso, cohesos en primer término un rasgo dominante: la generosidad, su afán de ayuda al prójimo, no importa quién fuera, amigo o adversario, simpático o no. Siempre estaba pronto a entregar sus conocimientos, su valiosísima erudición, la masa de documentos que su paciencia iba acumulando y que ¡ay! el tiempo no le dejaría aprovechar en beneficio propio.

Dícese que presentaba su final precoz. Porque era hombre pequeño, todo cerebro, todo corazón, hallábase destinado a morir por donde más había abundado.

Cada vez que lo encontré tuve alguna anécdota parecida que contar. Una ensayó en su contra las primeras armas que otros pusieron en sus manos y él creía de buena fe seguirlos, no sin entusiasmo. Eran ataques de valientes contralagos. Cuando los esperaba de la propia víctima, lo sorprendió que era ella con la arma que lo atacaba y la comprendió, insinuando su defensa.

Ejemplo ágil que no olvidaría nunca y le sirvió de coartada.

Dicho está que esta confianza sin medida no le evitó decepciones y hasta un tardío arrepentimiento.

Un informador periodístico apresurado quería pronto datos para la semblanza de una poetisa exilada. Donoso le facilitó a tarde corrida su repertorio de cartas íntimas. El periodista, por razones técnicas, eligió la más comprometida, la menos publicable. Durante cierto lapso, la bomba de tiempo pasó inadvertida hasta que un ojo interesado la descubrió, y la poetisa, herida a distancia por su explosión, hubo de abandonar de un día a otro sus funciones en un país extranjero, donde algunos (no podía faltar) ambicionaban suplantarla. El episodio originó una cadena de resonancias que debían repetirse largamente sobre varios destinos, entre interpretaciones y cargos equivocados.

También la generosidad requiera límites.

La de Armando Donoso no los reconocía al quite rasgar la experiencia. Llevaba esa virtud hasta el vicio.

Noble debilidad que ahora pone de relieve el examen de su existencia y permite a Guillermo Feliú Cruz y Héctor Paezvalda, su prólogo, traer la semblanza del crítico y su época con perfiles sólidos, fundados en hechos y que restan su figura.

Pese a estar en manos de otro investigador potente, la empresa de Feliú Cruz, se logra abarcar la amplitud de la obra de Donoso, como íntimamente, señalando sus proyecciones.

El "chico Donoso" era enorme.

Quiénes le conocen maravillábanse de su infatigable actividad, de sus infinitas ocupaciones, y que, entre tanto moverse, ir y venir, leer, escribir, caminando de una a otra parte, todavía le sobrara espacio para preocuparse del amigo, del conocido, del simple solicitante impetuoso. Feliú Cruz cita a uno (pág. 8): ¿Cómo tiene tiempo de leer lo que lee y en qué biblioteca del cerebro guarda el minúsculo archivo de su memoria? ¿De dónde saca las energías para sus múltiples actividades y, después de trabajar para sí mismo, le quedan voluntad y fuerza para moverse y correr en el servicio de los demás? Desempeñaba simultáneamente innumerables cargos y en todos estaba siempre disponible, informado, atento... "... lo he visto en "El Mercurio" como jefe de Crónicas, redactor de editoriales, encargado de la sección Día a Día, corregir pruebas, enviar artículos a las revistas de medio mundo, formar planes de vastos libros, componer antologías y hacer semblanzas por colecciones, sin que le faltara hora para recibir a periodistas extranjeros, cuya lengua hablaba, porque era políglota, presentarlos al público y ponerlos en relación para que encontraran una biblioteca propia. Lo he hallado más tarde en las librerías adquiriendo libros, volúmenes recién llegados que su curiosidad perseguía. Un día fui al Ministerio de Instrucción Pública tras unos datos. Allí estaba Armando Donoso. Era jefe de Oficina. Me dio los datos, sólo comenzó a hablar con el Ministro, consiguió lo que buscaba, me explicó que había que año desmenuzaba ese punto, donde tenía un trabajo enorme". La maquinaria burocrática se estrujaba bajo su peso nervioso, menudo, infatigable. Reclamaba a una Academia que tomara en serio su papel, vivía en perpetuo aljibe de palabras agudas.

Feliú Cruz, otro que tal, especie de don José Terribio Medina, que ha llegado a parecersele hasta en la físico y va para el monumento, ha reunido sobre él noticias que proceden de la infancia y deja testimonio de sus días estudiantiles, nada trágicos. Un día el liceo se levantó en armas reclamando a viva fuerza sus derechos a unas horas de sueño ensombradas. Año 1933. "Fue aquí —recuerda Donoso en unas memorias íntimas— un asedio y un paglieto en el cual los que menos podíamos no cedíamos la mano escudados que lanzaba guerreros contra los criados de las sedanas". Las eternas víctimas. "Arremolinados todos los curules, enardecida la muchachada, se agolpaba en las calles vecinas al liceo. Bien pronto el desorden tomó proporciones de masón y, entonces, apareció la policía, mientras el pueblo acudía a presenciar aquel espectáculo: en verdad, poco edificante para la enseñanza y el establecimiento. Recuerdo —sigue Donoso— esa día cuando, durante la hora del almuerzo, le al decir a mi madre, presa de súbita indignación:

—Es una barbaridad, esto no ha ocurrido nunca en el Seminario, hay que sacarlo del liceo...".

Estas palabras mostraron a Donoso angustiado la perspectiva de días aciagos, el castigo, la lección, la lección y los largos corredores seminarioscos rumiando lecciones de latín y textos filosóficos del Padre Glasco, espanto del estudiante.

Tiempo de don Enrique Molina y de Alejandro Venegas, el Dr. Valdear Cango de "Sinceridad".

Un día Venegas, al tratar de Ercilla, nos leyó algunas octavas reales de "La Araucana", preguntándonos luego:

—A ver, niños, ¿los gustan?

"Temerosos de incitar en un desacato, algunos de nosotros respondía, hasta que un muchacho nervioso, inteligente, Miguel Rari, se incorporó en su banco y le dijo:

—Perdón, don Alejandro, eso me parece una lata.

"Señor Venegas y cuando nosotros experimentamos el regusto, nos advertió:

—Ante todo, debemos tener el valor de la sinceridad. Si no les gustan las estrofas de Ercilla, ¿por qué no lo dicen? "Y tomando por de esa respuesta, nos habló durante toda la hora de clases sobre el poeta olvidado. Analizó el poema, osamos con la profusión de un relajarse algunas de sus octavas reales para asegurarnos que antes pudo ser poeta rimador tan vulgar que escribió de memoria sobre cuanto veía y a quien han rendido culto las generaciones, tal vez porque nunca leyeron su insustentable poema. Nunca un maestro pudo impresionar de tal manera al educando; jamás un profesor contribuyó con tal acierto a formar el carácter y despertar el gusto por el estudio".

El carácter, sin duda; la afición al estudio, también. Sobre el gusto, así, en general el gusto literario, convendría entenderse.

A El de Armando Donoso admira reparos, al menos como artista. Su prosa se resaca de apresuramiento y demencia la improvisación. No cuidaba de eliminar algunas metáforas que lo hicieron famoso, como el "camino de Donoso"... Parece haber tenido tentaciones poéticas, soñaba con un libro de versos que lo inmortalizara. Tuvo la cordura de abandonarlas, no la paciencia de corregir, depurar, centrase y cuidar la frase. Dejábanse arrastrar por el frenesí, desahogaba la fluidez, no medía el paso, más ambicioso de la cantidad que de la calidad.

Ello no reconocía la magnitud de su obra, parte de la cual aún permanece inédita, ni la vida que su muerte, y la ausencia de edad, significara una catástrofe para el movimiento literario chileno que él, como nadie, contribuyó a impulsar aportándole elementos enriquecedores tomados de su copiosísima cultura alemana, de su esmerado conocimiento.

La impresión que sus amigos sufrieron, Feliú Cruz la dejó consignada en una página conmovedora (pág. 51).

Las entrecruzadas líneas de su móvil almana en este repertorio atestado de datos, hechos, nombres, fechas, útiles no para el estudio de nuestra literatura durante el medio siglo, fidedigno e inapreciable como fuente de informaciones bibliobibliográficas, abarca la trayectoria febril de este gran servidor de las letras nacionales, relacionador universal y apóstol sacrificado a una causa en que él sembraba para que otros recogieran.

¿Quién eres Joaquín Luco? : [Entevista] [artículo] Samuel Silva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Silva, Samuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

¿Quién eres Joaquín Luco? : [Entevista] [artículo] Samuel Silva. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile